

# MUNDO HISPANICO

## EN EL CENTENARIO DE SAN MARTIN

**A**CABA de cumplirse el centenario de la muerte de San Martín, acaecida en Boulogne-sur-Mer el 17 de agosto de 1850. Pero el hombre dotado de muy personal iniciativa histórica había desaparecido veintiocho años antes, con motivo de las memorables conversaciones mantenidas en Guayaquil con Bolívar, a quien San Martín vió entonces por primera, última y decisiva vez.

Bolívar y San Martín tenían necesariamente que encontrarse y que chocar, siendo de prever que en la colisión de sus respectivos puntos de vista sacrificará San Martín el suyo, entre otras razones, porque ni remotamente había pensado en resistir a lo que él entendía primordial deber: no crear dificultades al curso ulterior de las guerras de emancipación hispanoamericana. Digamos esquemáticamente que Bolívar conducía las operaciones desde el Norte hacia el Sur, en tanto que San Martín las llevaba desde el Sur hacia el Norte. El contacto para asestar a la España virreinal el golpe definitivo, en la campaña del Perú, obligaba a plantear la cuestión, harto delicada, del mando único, a costa de uno de los dos «libertadores», que venían obrando por su cuenta, en colaboración natural, sin plan de conjunto: émulos por la fuerza de las circunstancias. En la inevitable pugna era punto menos que imposible —imposibilidad psicológica, en primer lugar— que el resultado fuese favorable a San Martín, desalentado por los engaños e ingratitudes de que ya se quejaba, con motivo, ante las reiteradas muestras de indisciplina y espíritu sedicioso de sus tropas, que hacían de Lima su Capua, según conocida frase.

La cuestión de Guayaquil propiamente dicha, es decir, las encontradas aspiraciones de Colombia y Perú a la posesión de esa provincia, estaba ya resuelta por Bolívar, quien, con anterioridad

a la llegada de San Martín, y alegando razones urgentes de orden público, había decretado la anexión de Guayaquil a Colombia. Otra batalla política, perdida de antemano por San Martín, era la de las formas de Gobierno bajo las cuales habían de constituirse los nuevos Estados hispanoamericanos. San Martín propugnaba la Monarquía, y en ese sentido había ya realizado las gestiones, en 1821 y 1822, de que dan fe historiadores y biógrafos. Bolívar, por el contrario, defendía la República, más acorde con el espíritu de la Revolución francesa, que indudablemente venía informando el alzamiento de las provincias ultramarinas contra la España de Fernando VII. No otro ambiente había respirado Bolívar en sus andanzas por Europa, ni distinto el carácter de sus lecturas, al paso que San Martín, formado en España y oficial de su Ejército, combatiente heroico contra el francés invasor, no había dejado de experimentar la presión histórica no ya del principio monárquico, sino incluso de la dinastía borbónica, con la que contaba, aunque a título de «último recurso», para ocupar los tronos que soñó erigir —durante algún tiempo, al menos— en la América recién emancipada.

El problema que primordialmente hacía necesaria la entrevista de Bolívar y San Martín era el ya aludido del acuerdo militar de uno y otro, y a este respecto huelgan las conjeturas a que se prestan otros extremos de las famosas conversaciones de Guayaquil, porque los hechos mismos hablan de muy directa e imperiosa manera, y, aun en el orden documental, nada autoriza a desmentir —de no ser impugnada su autenticidad— la histórica carta de San Martín a Bolívar en 29 de agosto de 1822. He aquí una fuente que basta a explicar lo ocurrido en esa importante coyuntura y, a la vez, espejo del espíritu de sacrificio y de la clarividencia que radie, en justicia, puede regatear a San Martín.

«Los resultados de nuestra entrevista —leemos en esa célebre carta de San Martín a Bolívar— no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le era embarazosa. Las razones que usted me expuso de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro de que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame, General, le diga que no

me ha parecido plausible. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido de que la menor manifestación suya al Congreso sería acogida con unánime aprobación, cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados con la cooperación de usted y la del Ejército de su mando, y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la República que preside.» Después de afirmar que la guerra será la ruina de América si se la prolonga, notifica San Martín a Bolívar su resolución: él se elimina: «En fin, General, mi partido está irrevocablemente tomado. Para el veinte del mes corriente he convocado el primer Congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el Ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las órdenes de un General a quien América debe su libertad. El Destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse.» Termina San Martín su carta a Bolívar anunciándole que «con el dador le envía una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso», y termina con estas palabras, un tanto reticentes: «Admita usted, General, esta memoria del primero de sus admiradores. Con estos sentimientos y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la Independencia de la América del Sur, se repite su afectísimo...»

Concuerd a texto tan expresivo con el de otra carta de San Martín, dirigida ésta al general Miller, cinco años después de la repetida entrevista: «En cuanto a mi viaje a Guayaquil —escribe San Martín—, él no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú, auxilios que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América) lo exigía, por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada cuanto el Ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha, se había aumentado con los prisioneros y contaba 3.600 bayonetas, pero mis esperanzas fueron burladas al ver que, en mi primera conferencia con el Libertador, me declaró que, haciendo todos los esfuerzos posibles, sólo podía desprenderse de tres batallones, con la fuerza total de 1.070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba con-

vencido de que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia; así es que mi resolución fué tomada en el acto. Creyendo de mi deber el último sacrificio en beneficio del país. Al siguiente día..., dije al Libertador que, habiendo convocado al Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú, añadiéndole: "Ahora le queda a usted, General, un nuevo campo de gloria, en el que va usted a poner el último sello a la libertad de América..." A las dos de la mañana del siguiente día embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote y entregándome su retrato como una memoria de lo sincero de su amistad.»

Como concibiera San Martín el plan, así hubo de realizarlo. Renunció al Protectorado del Perú en la primera sesión del Congreso Constituyente, reunido en Lima, y en documento leído al efecto hizo constar que, siendo ya «indudable la suerte futura de la América y la del pueblo peruano», daba su gloria personal «por colmada». No aceptó la jerarquía de Generalísimo de los Ejércitos de Mar y Tierra que le fué otorgada, convencido de que, «si la ejerciera, frustraría sus propios designios, alarmando el celo de los que anhelan una positiva libertad; dividiría la opinión de los pueblos y disminuiría la confianza que sólo puede inspirar el Congreso con la absoluta independencia de sus decisiones». Se daba San Martín perfecta cuenta de que, después de haberlo sido todo en América, no podía permanecer en ella sin que le envolviesen las electrizadas ondas de partidos y facciones. Si quiso vivir algún ensayo a ese respecto, lo realizó, con plena fuerza suasoria y resultado negativo, durante unos meses de residencia en su chacra de Mendoza, suscitando a su alrededor suspicacias o malevolencias en unos, y en otros inducciones a nueva acción política, y por parte del Gobierno dificultades y tropiezos, bajo los que bien se percibía larvada hostilidad. San Martín, fautor en evidente grado de la emancipación de las provincias del Plata, de Chile y del Perú, no podía descender a jefe de una determinada parcialidad. Y en febrero de 1824 San Martín embarca para Europa.

Hemos insistido en la motivación del ostracismo voluntario de San Martín porque, referido a su azarosa vida, no constituye ciertamente un episodio más, sino la clave psicológica que más útil puede sernos para la justa estimación de una de sus dos virtudes primordiales: el espíritu de sacrificio. La otra de sus más carac-

terísticas virtudes es una extraordinaria capacidad militar, la que había acreditado, según los cualificados términos que la hacen ejemplar, en el audaz y calculado paso de los Andes, en Chacabuco y en Maipú.

San Martín había acusado ya el temple de su espíritu y su pericia castrense bajo las banderas de España, como oficial del arma de Caballería, que se batió heroicamente contra los franceses en Bailén y en Albuera. Cómo pasó San Martín a servir, tres años después, al Ejército levantado por ideal emancipador de Hispanoamérica envuelve una delicada cuestión que ningún biógrafo de San Martín ha cuidado de puntualizar de modo suficiente. San Martín alude al giro voluntariamente impuesto a su vida en conocida carta al general Ramón de Castilla, Presidente del Perú.

«Como usted —dice San Martín a Castilla—, yo serví en el Ejército español en la Península, desde la edad de trece a treinta y cuatro años, hasta el grado de teniente coronel de Caballería. En una reunión de americanos, en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc., resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos que se había de empeñar. Yo llegué a Buenos Aires a principios de 1812; fui recibido por la Junta gubernativa de aquella época, por uno de los vocales con favor y por los dos restantes con una desconfianza muy marcada; por otra parte, con muy pocas relaciones de familia en mi propio país, y sin otro apoyo que mis buenos deseos de serle útil, sufrí este contraste con constancia hasta que las circunstancias me pusieron en situación de disipar toda prevención. En el período de diez años de mi carrera pública, en diferentes mandos y estados, la política que me propuse seguir fué invariable en sólo dos puntos, y la suerte y circunstancias mías hicieron que se realizaran mis miras, especialmente en la primera, a saber: la de no mezclarme en los partidos que alternativamente dominaron en aquella época en Buenos Aires, a lo que contribuyó mi ausencia en esta capital por el espacio de nueve años. El segundo punto fué el de mirar a todos los Estados americanos en que las fuerzas de mi mando penetraron como Estados hermanos, interesados todos en un santo y mismo fin. Consecuente a este altísimo principio, mi primer paso era hacer declarar su independencia y crearles una fuerza militar propia que los asegurase...»

Para comprender el recelo con que San Martín fué acogido en

Buenos Aires, adviértase que no había vuelto a su país natal desde que, a la edad de siete años, vino a España con su familia, por el traslado a Málaga de su padre, Teniente-Gobernador hasta entonces de Yapeyú. San Martín, pues, se educó en España, como todos sus hermanos, y se hubiera desenvuelto su vida ulteriormente bajo nuestro cielo, de no plantearse en Ultramar las guerras mediante las cuales Hispanoamérica habría de ganar su independencia. Este hecho explica, desde luego, la adhesión de San Martín a la causa de América, con tanta eficacia y tanto brillo llevada adelante. Pero ¿coincidiría, siquiera fuese anecdóticamente, alguna circunstancia más?

En el preciso momento de conferenciar Bolívar y San Martín en Guayaquil, uno y otro se excluían casi automáticamente, con el mecanismo de unos caracteres diferentes y aun contrarios. Pero la empresa en que ambos colaboran por coincidencia espontánea necesitaba, sin duda, de ambos. Tan cierta nos parece la superioridad militar de San Martín como la superioridad política de Bolívar, y a la hora de extraer todas sus consecuencias al ya prejuzgado triunfo de los pueblos hispanoamericanos, el hombre indicado para realizar esa ardua labor de gabinete, de tribuna y de cancillería era, probablemente, Bolívar. Mérito de alto valor moral es que San Martín no se prestase en modo alguno a determinar una rivalidad que hubiera sido nefasta a la causa en marcha. Le iluminó el camino que procedía seguir, no ya su noble desinterés, sino la amplitud consciente de su patriotismo panamericano. Sentía como unidad de conciencia el amor a toda América, sin que sea fácil hallar a este respecto otro caudillo que le aventaje. Por otra parte, no es fácil renunciar al poder cuando se está en lo mejor de la edad: cuarenta y cuatro años contaba San Martín al emigrar de América: muy vivos su interés y su amor por la independencia del Nuevo Mundo, pero dispuesto a no salvar políticamente la distancia que su abnegación establecía. No era un arrebato de dignidad herida, sino un consciente acuerdo de su buen juicio, servido por el desprendimiento personal.

Pese a la relajación moral de las tropas de San Martín, a que antes nos referíamos, y que en los días mismos de las conversaciones de Guayaquil produjo el movimiento sedicioso contra el ministro Monteverde, en Lima; pese a la defección de la Escuadra, mandada por el almirante Cochrane y a las difíciles relaciones con el Gobierno de Buenos Aires, por haberse entregado San Martín

a la campaña de Chile con perjuicio del territorio patrio, en situación apurada, sin la lógica contrapartida de la adecuada gratitud chilena; pese a todo, San Martín aún tenía medios más que suficientes para disputar a Bolívar la primacía y no quiso hacerlo, por el bien de América.

Bartolomé Mitre, biógrafo de San Martín, especialmente autorizado por el número y calidad de documentos que le fué dado utilizar de primera mano, traza el siguiente paralelo: «Si se compara la ecuación personal de los dos Libertadores, vese que San Martín es un genio concreto, con más cálculo que inspiración, y Bolívar un genio desequilibrado, con más instinto e imaginación que previsión y método.» La decidida parcialidad de Mitre a favor de San Martín no le enturbia demasiado la visión de ese contraste, que no es preciso tomar al pie de la letra —ni sería razonable— para advertir que, en el fondo, así fueron uno y otro, y aunque se pueda objetar mucho a su cicatera interpretación del carácter de Bolívar, en lo concerniente a San Martín, militar, no exagera, ya que, objetivamente, es cierto que sólo él fué capaz de crear «con los pobrísimos elementos de que dispuso, coordinándolos, un Ejército compacto, animado de una pasión americana». Y agrega: «Sin él —sin San Martín— no se habría dominado el mar Pacífico, según las previsiones de su genio, ni se hubiese realizado la expedición al Perú. Elimínense estos hechos, de que fué autor, y la dilatación de la insurrección sudamericana es imposible; queda aislada en los extremos.» Sin el concurso de San Martín, en efecto, Bolívar no habría llegado al Pacífico, y tal vez «hubiese quedado aislado en Venezuela; porque, dominado el Perú por los realistas, y dueños del mar, de Quito y Nueva Granada, hubieran opuesto otra resistencia que la que encontró en Boyacá y Pichincha». De los dos necesitaba América, si bien la última etapa corrió a cargo exclusivo de Bolívar.

Bolívar, el imaginativo, sorprendente y romántico Bolívar, vislumbró la posibilidad de una Anfictionía hispánica, rehaciendo en Panamá el clásico sentido de Corinto. Pero, aunque su clarividencia histórica le llevara lejos, percibía muy bien lo inmediato y contiguo, hábil en la eliminación del pseudoidealismo revolucionario, disciplinándolo con las realidades de un Gobierno de autoridad. Influido por la Revolución francesa, no fué ciertamente un jacobino; a lo sumo, un doceañista, con sus avances teóricos y prácticas cautelas, y si no quería, como San Martín, que los

nuevos Estados hispanoamericanos afectasen forma monárquica, con dinastías importadas de Europa, la unidad de poder ganó siempre su convencimiento, y a ello tendió en todo instante su propia actuación, directamente en la vida o reflejada en los primeros textos constitucionales de las Repúblicas hispanoamericanas. Bolívar cree en la soberanía popular, pero apetece, institucionalmente, la presidencia vitalicia, y sabe que «tan tiránico es el Gobierno democrático absoluto como el de un déspota».

Mucho se ha hablado y se ha escrito acerca de la elocuencia de Bolívar, pero del silencio de San Martín no menos, porque también le define. San Martín gustaba de callar, porque tenía de la necesidad una idea muy exigente. Si le era fácil renunciar a la acción cuando la creía contraindicada, con mayor motivo guardaba silencio si no le parecía útil ni preciso hablar. Concentrado, cauto, reflexivo, nada dado a fantasías, prevenido por la experiencia, San Martín, por temperamento, era un conservador, y serlo en plena revolución le valió el drama de conciencia vivido en el destierro, inquietado por la suerte incierta de los nuevos Estados hispanoamericanos. San Martín fué audaz siempre que el cálculo le autorizó una determinada decisión. Pero situado, por categórico concierto de circunstancias, al margen del Poder, su sentido del orden le aconsejaba no convertirse en un factor más de perturbación: inhibirse, leal y sinceramente, era lo único que le correspondía hacer.

En diferentes ocasiones, a lo largo de su destierro, se le buscó a San Martín la palabra, y el «no» fué la suya. Al estimar en 1828, poseído por la nostalgia y el buen deseo, llegada la oportunidad de repatriarse, le bastó a San Martín el saber, a la vista ya de Buenos Aires, que la guerra civil había retoñado, para no desembarcar y volver a Europa, firme en su determinación de sustraerse a cualesquiera tentaciones del mando y a no servir de instrumento a unos contra otros. Su presencia en la Confederación Argentina resultaría embarazosa. «Si el país cree algún día —le escribe a Fructuoso Rivera, Presidente de la Banda Oriental del Uruguay— que, como un soldado, le puedo ser útil en una guerra extranjera (nunca contra mis compatriotas), yo los serviré con la lealtad que siempre lo he hecho no sólo como general, sino en cualquier clase inferior en que me ocupe; si no lo hiciese, yo no sería digno de ser americano.»

«Americano» es el calificativo que conviene al patriotismo su-



pranacional de San Martín, consecuencia, al cabo, del criterio orgánico, en lo posible, que España había aplicado a la división política, administrativa y militar, al territorio ultramarino, en Virreinos, Capitanías Generales y Audiencias.

San Martín se consideraba, indistintamente, americano del Plata, de Chile o del Perú, y a la independencia de Sudamérica se refiere, por lo común, en su literatura oficial y en sus cartas particulares, de igual suerte que su monarquismo, por mucho que lo condicione, es otra supervivencia, en lo hondo de su espíritu, del tiempo virreinal. San Martín tendía, indiscutiblemente, a la mayor continuidad posible en la emancipación de Hispanoamérica, para evitarle dislocaciones de éste o aquel tipo y ensayos peligrosos.

San Martín detestaba la guerra civil, esto es, la revolución interior, por contraposición de intereses personales mucho más que por choque de ideas, y en una de sus cartas a confidente tan asiduo como O'Higgins, en la de 5 de abril de 1829, le escribe, con referencia a su malograda repatriación: «Las agitaciones consecuentes a diecinueve años de ensayos en busca de una libertad que no ha existido y, más que todo, la difícil situación en que se halla en el día Buenos Aires, hacen clamar a lo general de los hombres, que ven sus fortunas al borde del precipicio y su futura suerte cubierta de una funesta incertidumbre, no por un cambio de los principios que nos rigen, sino por un Gobierno riguroso, en una palabra, militar, porque el que se ahoga no repara en lo que se agarra.» Véase cómo ningún prejuicio doctrinal enturbia en San Martín la visión del difícil momento creado a la Argentina por la lucha de unitarios y federales. El realismo —de realidad, no de realeza— que informa los juicios políticos de San Martín le hace ver que él no es hombre capaz de dirimir la contienda. No quiere ser «el verdugo de sus conciudadanos», ya que sería necesario eliminar a uno de los partidos en pugna. En la alternativa de «someterse a una facción o dejar de ser un hombre público», opta por lo segundo.

Muy joven, en España todavía, aprendió el alto valor del orden público en las revueltas de Cádiz, que costaron la vida al general Solano, su jefe, y amplió más tarde esa enseñanza, con ocasión de las guerras de América, en los azares múltiples de la retaguardia. Por temor a las masas, desconfiaba de la libertad, y en su correlativa preocupación por un eficaz principio autoritario San Martín

quiso siempre Gobiernos estables y fuertes. Que era justamente lo que América no había encontrado aún.

«Por todas partes, los nuevos Estados presentan los mismos síntomas, el mismo cuadro de desórdenes y la misma inestabilidad», escribe San Martín en una de las cartas que más extensamente reflejan su pensamiento político, a don Vicente López, desde Bruselas, en 1830: «Dos son las bases —dice en el mismo texto— sobre las cuales reposa la estabilidad de los Gobiernos conocidos, a saber: en la observancia de las leyes o en la fuerza armada; los representativos se apoyan en la primera; los absolutos, en la segunda; de ambas garantías carecen los de América: las leyes, si pueden llamarse el caos de las nuestras, se hallan sin vigor, porque no puede alcanzar su influencia a hombres que, en razón de su educación, las ignoran, como sucede a la masa de nuestro bajo pueblo; y he aquí la razón por la cual se halla la revolución en permanencia y sin que se halle previsión humana capaz de calcular la época de su terminación, a menos que, haciendo un cambio a su Constitución, ponga ésta en armonía con las necesidades de los pueblos.» Sitúase San Martín no precisamente en el «justo medio» de los doctrinarios de su tiempo, pero sí en el punto marginal del desinterés. Al margen de las discordias, San Martín vuelve sobre aquellas opiniones tres años después, escribiendo a O'Higgins: «Yo estoy firmemente convencido de que los males que afligen a los nuevos Estados de América no dependen tanto de sus habitantes como de las Constituciones que los rigen. Si los que se llaman legisladores en América hubieran tenido presente que a los pueblos no se les deben dar las mejores leyes, pero sí las que sean apropiadas a su carácter, la situación de nuestro país sería diferente. No sigamos este asunto, porque es entrar en un caos interminable.»

En virtud de los antecedentes que estamos exponiendo, se explica lógicamente la adhesión de San Martín al dictador Rosas, personificación de la autoridad, comoquiera que la ejerciese, frente a la discordia y la secesión; símbolo, a la vez, de la patria frente a la ingerencia de Europa. De ahí su carta a Rosas en 1838, desde Grand Bourg, cerca de París: «He visto por los papeles públicos de ésta el bloqueo que el Gobierno francés ha establecido contra nuestro país; ignoro los resultados de esta medida; si son los de la guerra, yo sé lo que mi deber me impone como americano... Espero sus órdenes; tres días después de haberlas recibido, me

pondré en marcha para servir a la patria honradamente, en cualquier clase que se me destine...» Pero Rosas no experimenta la necesidad de confiar a San Martín mando alguno, y verdaderamente no podría otorgarle otro que no fuese —o así resultaría— el supremo de la nación. En cambio, San Martín podía rendir gran utilidad a la Argentina permaneciendo en Francia o trasladándose a Inglaterra con la representación diplomática de su país. Mas no pasa Rosas, en su respuesta a San Martín, de la insinuación. El nombramiento que le llega a San Martín luego es el de Ministro Plenipotenciario de la Confederación Argentina cerca del Gobierno del Perú. No acepta, naturalmente, por mucho que le lisonjee «tan honroso cargo» y por grande que sea su satisfacción de volver a un país cuyo clima le conviene y de cuyos habitantes tantas pruebas recibiera de «desinteresado afecto». «Pero —continúa en su carta— faltaría a mi deber si no manifestase igualmente que, enrolado en la carrera militar desde la edad de doce años, ni mi educación ni mi instrucción las creo propias para desempeñar con acierto un encargo de cuyo éxito puede depender la paz de nuestro suelo.»

«Las trágicas escenas que desde la revolución de febrero se han sucedido en París», donde a la sazón reside San Martín, le hacen abandonar la capital de Francia y trasladarse a Bolougne-sur-Mer. Esa revolución es la de 1848, y San Martín, impresionado por hechos cuyo sentido no escapa a su buen juicio, advierte que no se trata de un fenómeno subversivo más, que pudiera interpretarse con un criterio simplemente político. «Es menester no hacerse la menor ilusión —comunica a Rosas—. La verdadera contienda que divide su población —la de Europa— es meramente social; en una palabra, la del que nada tiene y trata de despojar al que posee; calcule lo que arroja de sí un tal principio infiltrado en la gran masa del bajo pueblo por las predicaciones diarias de los clubs y la lectura de miles de panfletos. Si a estas ideas se agrega la miseria espantosa de millones de proletarios, agravada en el día con la paralización de la industria, el retiro de los capitales en vista de un porvenir incierto, la probabilidad de una guerra civil por el choque de las ideas y partidos y, en conclusión, la de una bancarrota nacional, visto el déficit de cerca de 400 millones en este año y otros tantos en el entrante; éste es el verdadero estado de la Francia y del resto de la Europa, con la excepción de Inglaterra,

Rusia y Suecia, que hasta el día siguen manteniendo su orden interior...»

San Martín se preocupa por la suerte de Europa tanto como por la de América, o punto menos, con angustia que, indudablemente, exacerba su situación de desterrado. Ha vivido en Inglaterra, en Bélgica, en Italia, en Francia, donde, al cabo, muere. Va de acá para allá, con bagaje de recuerdos y zozobras; refractario al trato humano, sin otra mitigación en sus desengaños que el amoroso celo de su hija única y la asistencia, en difícil crisis, del banquero don Alejandro Aguado. En la primera mitad de su vida, San Martín dialoga con la Historia y la influye. Pero después todo es en él amargo soliloquio. En otro lugar hemos escrito que el monólogo en que hubiera de reflejarse su vida interior necesitaría de un Shakespeare para darle adecuada expresión. Algo de un Rey Lear —cuerdo, para mayor dolor— nos parece ver en el San Martín de sus últimos años, errante, caduco, misantrópico, ciego, en noche tormentosa.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMACRO